

## CAPITULO VII.

### REBELION Y EMANCIPACION DE PORTUGAL.

1640.

Cómo se fué preparando la insurreccion de Portugal.—Odio del pueblo portugués á los castellanos, aumentado desde que perdió su independencia.—Poco tino de los reyes de Castilla en el gobierno de aquel reino.—Opresion en que le tenian.—Carácter del pueblo portugués.—Su disgusto contra los ministros Olivares, Suarez y Vasconcellos.—Primer levantamiento en los Algarbes.—Es sofocado.—Crece con esto la audacia del conde-duque y la indignacion de los portugueses.—Conjuracion para libertarse del yugo de Castilla.—Tratan de proclamar al duque de Braganza.—Carácter de este príncipe y de su esposa.—Desafuadas del gobierno español.—Sirvese de ellas el de Braganza para disponer mejor su empresa.—Cómo engañó al de Olivares.—Reunion y acuerdo de los conjurados portugueses.—Decide la duquesa de Braganza á su marido á aceptar la corona que le ofrecian.—Establecimiento en Lisboa.—Asesinato de Vasconcellos.—Arresto.—Rendicion de la ciudadela y de los castillos.—El de Braganza es proclamado rey de Portugal con el nombre de don Juan IV.—Juramento del nuevo rey.—Sensacion que causa esta noticia en Madrid.—Acúsase al de Olivares.—Cómo dijo éste la nueva al rey, y respuesta de Felipe.—Hondo disgusto del pueblo.—Procura el de Olivares no perder su privanza.—Comunica la noticia al general del ejército de Cataluña, y le previene que la oculte.—Queda otra vez rota la unidad de la península ibérica.

Coincidió con la entrada del marqués de los Velez y del ejército real en Cataluña otra novedad todavía

mas grave, todavía de peores y mas funestas consecuencias para la monarquía española que la insurreccion de los catalanes, á saber: la rebelion de Portugal, la proclamacion de su independencia, y tras ella la desmembracion de aquel reino de la corona de Castilla. La manera como se fué preparando este acontecimiento nos confirma en la observacion que hicimos al comenzar el anterior capítulo; que las revoluciones de los pueblos, por mas que á veces parezca estallar de repente y coger de improviso, nunca se verifican sin que causas mas ó menos antiguas las hayan ido preparando, y que rara es la que no podria evitarse, por que casi todas pueden y deben preverse.

Antiguo era el disgusto, tan antiguo como la conquista de aquel reino hecha por Felipe II., con que los portugueses sobrellevaban la pérdida de su independencia y sumision al cetro de los reyes de Castilla. Este orgullo y esta impaciencia, natural en un pueblo con razon orgulloso de haber sabido conquistar su independencia, de haberla conservado muchos siglos y de haberse hecho con ella una grande y respetable potencia, solo hubiera podido templarse, y andando el tiempo desaparecer, si los monarcas castellanos y sus gobiernos hubieran sabido con la justicia, con la política, con la prudencia y con la dulzura, hacer del pueblo conquistado un pueblo amigo y hermano. Mas ya antes de ahora hemos visto que

no fué este por desgracia el camino que nuestros reyes siguieron. Al fin Felipe II. procuraba encubrir disimulada y artificiosamente la opresion en que tenia á los portugueses, y la falta de cumplimiento de algunas de sus más solemnes promesas. Felipe III. habia mirado con cierto indolente desden y despego á Portugal: una sola vez estuvo en aquel reino, y valiera mas que no hubiera estado ninguna. La conducta de Felipe IV. y del ministro Olivares, lejos de ser la que hubiera convenido para ir borrando las antiguas antipatías de pueblo á pueblo, lo fué muy á propósito para avivar, cuanto mas para extinguir, los odios entre dos naciones, ambas soberbias y altivas, pero conquistadora la una, conquistada la otra, la una opresora y la otra oprimida. La obra de la unidad ibérica se habia hecho en lo material: la unidad moral, la unidad política, la unidad fraternal no se habia realizado, y cuando esta union no se realiza es de augurar el divorcio de dos pueblos.

Sobre las quejas generales que los portugueses tenían del gobierno de Castilla, como las exacciones y tributos con que se los sobrecargaba, la manera como se los exigian <sup>(1)</sup>, el modo como eran repartidos los

(1) Cuando los portugueses representaban sobre lo excesivo de los impuestos con que estaban recargados, solia responder el orgulloso ministro Olivares: «Las necesidades de un gran rey no se arreglan segun la miseria de los pueblos, y harta moderación y

prudencia se usa en pedir con decoro lo que podria exigirse por la fuerza.» Ya en un Memorial que se habia dado á Felipe IV en 1634, entre las causas del mal estado de la monarchia que en él se señalaban, se contaba tambien la gran suma de dinero que se sa-

cargos del reino en castellanos, y no en los naturales como se les habia ofrecido, y otras semejantes, tenían además una que los habia resentido en extremo, á saber: la pretension de que las córtes portuguesas fuesen unas con las de Castilla, convocando á estas cierto número de diputados portugueses de los tres brazos, contra los privilegios concedidos á aquel reino por Felipe II. Y para tratar de esto se habia llamado á Madrid á los nobles, prelados y caballeros portugueses. Así de la opresion que sufrían como de todas las violaciones de sus fueros culpaban los de Portugal, mas que al rey, al ministro Olivares, por cuya mano sabían que se dirigia todo. A su vez el ministro para tenerlos sujetos habia encomendado los negocios de Portugal á dos hombres, aduladores suyos, pero aborrecidos de los naturales; hombres de no escaso

caba de Portugal. «Sácase (se decía) de aquí para Castilla mucha suma de dinero y fuera de los muchos impuestos, de los donativos, impuestos, derechos de la casa de Indias y Alfanega, medias anatas y otros servicios, se sacan tambien las rentas que están situadas para una armada que ande por todas aquellas costas y se alargue á los mares, y esto por asiento de los mercaderes que voluntarios impusieron sobre sus haciendas un tanto para este effeto. Sácase tambien lo situado para cuatro galeras, que eran el remedio de las costas.... Y todo esto que pudiera ser alivio de aquel reino y terror de los enemigos, ven que lo pagan, que lo padecen, y ello

se desperdicia, porque dicen (y esto muy en público, así en esta córte como en Lisboa) que el Rey tiro lo consume todo, y embravecense los ánimos cuando discurren que lo que pudiera ser honra y provecho, injustamente se defrauda á los protestos con que se concedieron los tales impuestos, y inútilmente se desperdicia al arbitrio de un hombre que en acabando su vida, se ha de acabar el día de su muerte la memoria de que fué, y de lo que hoy es; y sin el escrúpulo de temerario me atreveria á decir se darían los reinos por resarcidos de todos los daños como llegase pronto ese día.»—Biblioteca nacional, Sala de MM. SS. H. 72.

talento, pero de genio y costumbres correspondientes á las de su protector. Tales eran Miguel de Vasconcellos y Diego Suarez, hermanos políticos y secretarios de Estado de Portugal, con residencia el uno en Madrid y el otro en Lisboa <sup>(4)</sup>. Orgullosos é insolentes ambos, como el ministro que los habia elevado y que los protegía, si el de Olivares en España tenia supeditado al rey don Felipe y era mas soberano que su monarca, los otros en Portugal tenian esclavizada á la vireina doña Margarita de Saboya, duquesa viuda de Mantua, y eran los verdaderos vireyes. Con despotismo mandaba Vasconcellos en Lisboa como Olivares en Madrid, y las respuestas del secretario portugués no eran menos desabridas y altivas que las del ministro castellano. Como el arzobispo de Braga le preguntase un dia con qué autoridad habia castigado con las mas atroces y degradantes penas á un hombre por una leve falta, «*Con la misma, le respondo con que mandaré á su ilustrísima que v*

(4) El padre del Vasconcellos habia sido perseguido por la justicia y condenado á no tener ninguno de su familia oficios de república hasta la cuarta generacion, á causa de ciertos arbitrios con que parece engañó á los portugueses, y por último fué asesinado. Privado de recursos el Miguel en su juventud, acertó á casar con una hermana de Diego Suarez, y unidos los dos discurrieron remediar sus miserias y mejorar de fortuna, trayendo á

Madrid los apuntes y borradores de aquellos arbitrios que tan caros habian costado al padre de Vasconcellos. Estaban á la sazón en boga en Madrid los arbitristas, y lo mismo que habia acarreado antes la ruina al padre en Portugal sirvió al hijo y á su cuñado en la corte de Castilla para introducirse con el conde-duque, congraciarse con él é irse encumbrando con su favor hasta los mas altos puestos de la monarquía.

*diócesis, si se mete á criticar con demasiada libertad mis acciones.»*

Era el pueblo portugués demasiado altivo para dejarse abatir y humillar impunemente por aquellos tres soberbios personajes, que así violaban sus fueros como esplotaban en provecho propio sus haciendas y fortunas. Ya en 1637, no pudiendo reprimir el aborrecimiento con que los miraba, y so pretexto de una nueva contribucion que se los impuso, alborotáronse muchos lugares de los Algarbes; en Evora y otras ciudades hubo grandes desórdenes, y observábanse síntomas de un levantamiento general. Pero aquellos tumultos se sosegaron <sup>(1)</sup>, y mas adelante el consejo de Castilla y las córtes de Madrid de 1638, servilmente sometidas al rey, otorgaron grandes mercedes al conde-duque de Olivares, así por el socorro que habia dado á Fuenterrabía como por haber ahogado el movimiento de Portugal y conservado su union con España. Hízose con esto mas audaz el primer ministro de Felipe IV., y no solamente impuso á aquel reino un excesivo tributo en castigo de la rebelion, sino que quiso reducirle á una provincia de Castilla, á cuyo efecto convocó á Madrid los tres arzobispos, de Lisboa, Evora y Braga, y á otros ilustres

(1) Cuando en Madrid se supieron los primeros movimientos de aquellas alteraciones se escribió de parte de Felipe IV al pontífice pidiéndole pusiera remedio á aquello con censuras y breves. Su Santidad se escusó bajo pretestos frívolos, y se le volvió á escribir para ver de persuadirle. MS. de la Biblioteca Nacional.

personages, y arrestó á varios de los que á ello se negaron, ó de los que con entereza le respondieron. Veían los portugueses amenazado el resto de libertad que les quedaba, y preparábanse para defenderla y sostenerla. Suarez y Vasconcellos, á cuya perspicacia, que la tenían, no se ocultaban las disposiciones de sus compatriotas, avisaban de ello al conde-duque, y aun designaban al duque de Braganza como quien vendría á ser la cabeza del movimiento. Aconsejábanle por lo tanto, que estando rebelada Cataluña y aparejándose un ejército para invadirla, era una excelente ocasion para enviar allá tropas portuguesas, juntamente con los grandes y nobles del reino, y de esta suerte dejar á Portugal sin fuerzas y sin apoyo. Parecióle bien el pensamiento al conde-duque, é inmediatamente ordenó á la vireina que hiciera poner las tropas en marcha, y escribió á los grandes, y entre ellos al de Braganza, que se preparasen á pasar á Cataluña, so pena de confiscacion de sus bienes y otros castigos. Indignáronse con esto la nobleza y el pueblo portugués: rebosaban todos los corazones en ira; manifestábase ésta en todas las conversaciones; los sacerdotes desde los altares y púlpitos predicaban contra el gobierno opresor de Madrid, y prescribían al pueblo rezos y plegarias para que Dios los librara de él.

Hallábanse pues, como lo espresa un autor coetáneo, «la nobleza mas que nunca oprimida y desestimada, cargada la plebe, quejosa la iglesia,» y las

miradas de todos se fijaban en el duque de Braganza como en la persona á quien competía ser su libertador, siendo como era el sucesor mas inmediato al trono que habia quedado de la antigua dinastía real portuguesa.

Como nieto que era el duque Braganza de la infanta doña Catalina, que disputó á Felipe II. los derechos al trono portugués (1), nadie en efecto los tenia mayores y mas legítimos á ceñir la corona de Portugal en el caso de recobrar el reino su antigua independencía. Su padre el duque Teodosio le habia legado el odio á los castellanos; pero el carácter del hijo, pacífico, templado, y aun indolente, más dado á los placeres y diversiones que á los negocios, aunque apto, capaz y entendido para manejarlos si se dedicára á ellos, le hacian poco propósito para jefe de una revolucion, que exige en el que ha de ponerse á la cabeza ambicion, audacia y actividad. Mas lo que á él le faltaba de estas cosas, le sobraba á la duquesa su esposa, doña Luisa de Guzman, hermana del duque de Medinasidonia, la cual no dejó de instigar á su marido é inducirle á salir de su indiferencia, y á no desaprovechar la ocasion de recobrar la antigua grandeza y poderío de su casa. Ayudóla á ello, y fué el alma

(1) Sobre la competencia entre Felipe II. y la duquesa de Braganza acerca de sus derechos á la corona del reino lusitano, y sobre la mayor ó menor legitimidad de los de cada uno, véase lo que dijimos en nuestro capítulo 16 del libro II., parte III. Reinado de Felipe II.

de la conspiracion un cierto Pinto Riveyro, mayordomo de la casa, hombre muy para el caso, por su osadía, su astucia y su disimulo. Como el duque se hallaba retirado en su hacienda de Villaviciosa, dedicado al parecer solamente al ejercicio de la caza y á otros pasatiempos, la conjuracion se hubiera llevado adelante sin que se apercibiese ni sospechase la menor cosa la corte de Madrid, á no ser por la sagacidad de Vasconcellos y Suarez, los cuales dieron conocimiento al ministro de los síntomas que advertian y del peligro que bajo aquellas apariencias se ocultaba.

Los medios que el de Olivares ideó para ocurrir á aquel peligro fueron tan desacertados como lo eran generalmente todos sus arbitrios. Con el fin de sacar al de Braganza de Portugal ofrecióle primeramente el gobierno de Milan. Escusóse el portugués con su delicada salud y su falta de conocimientos en los negocios de Italia. Escribióle despues el de Olivares que estando el rey don Felipe para hacer su viaje á Aragon con motivo de la rebelion de Cataluña, y queriendo ir rodeado de sus nobles de Castilla y de Portugal para decoro y honra de su persona, era justo que le acompañase al frente de la nobleza portuguesa, á cuyo efecto le esperaba en Madrid. Conoció sin duda el de Braganza el artificio, y espuso que la escasez de sus rentas (y eran por cierto muy pingües) no le permitian presentarse con el decoro correspondiente á su clase y nacimiento. Esta no muy disimulada negativa

puso ya en cuidado á la corte; y cuando todo el mundo esperaba alguna medida eficaz y severa, causó general sorpresa el rumbo que dió al negocio el de Olivares.

Y era ciertamente para sorprender la órden que envió al de Braganza dándole ámplia autorizacion para que visitase las costas de Portugal, que decia estar amenazadas de franceses, y guarneciese y pusiese en estado de defensa las plazas. Esta comision que sobre ser de confianza, equivalia á poner en manos del portugués las fuerzas y las ciudades principales, y era como abrirle las puertas del reino, suponian los mas avisados que llevaba envuelta una segunda y secreta intencion. Y asi era la verdad, porque al mismo tiempo se envió órden reservada á don Lope de Osorio, que mandaba las galeras de España, para que cuando supiese hallarse el príncipe en algun puerto, fuese allá, le convidase á entrar en su bagel, y le retuviese prisionero. Pero le al conde-duque este indigno y siempre extraño expediente, lo primero porque una tempestad impidió á la flota de Osorio acercarse á las costas, y lo segundo porque ya el príncipe, á quien hizo cauteloso lo desmedido de la confianza, supo acompañarse de personas que merecian bien la suya.

Frustrado este ardid de su inícuca política, intentó el ministro adormecer á su oculto enemigo con la lisonja y el halago, escribiéndole tan afectuosamente como si fuese su mas íntimo amigo, y poniendo á su disposi-

cion hasta cuarenta mil ducados para que pudiera levantar tropas. Insigne indiscrecion y torpeza la del de Olivares; pues si bien en secreto prevenía á los gobernadores españoles que si se les presentaba ocasion favorable le prendiesen y enviasen á España, esto era una alevosía que no curaba les riesgos de la imprudencia. Obcecado andaba tambien Vasconcellos con la seguridad, mas estraña en él que en otro, que mostraba en aquel caso: y con razon se manifestaban atónitos, asi la vireina de Portugal como las personas de Madrid y de Lisboa fieles al rey, que observaban tan peregrina conducta. Lo que sucedió fué que el de Braganza, mas discreto ó astuto, fingió dejarse engañar para burlar mejor á quien con tales trazas buscaba cómo engañarle. De contado puso en las plazas gobernadores de su confianza; las visitó después, acompañado de gente valerosa y resuelta; con el dinero que recibió se hizo nuevos partidarios y amigos, recorrió todo el reino con aparato y pompa, y presencia casi real; acudian de todas partes á saludarle, y Lisboa le recibió con poco menos pompa que á un soberano. El rey de España, que sabia el designio secreto que en esto se habia propuesto su ministro, le tenia por el político mas profundo del mundo, y compadecia á los que le criticaban y murmuraban. Entretanto el de Braganza, grandemente ayudado de Pinto Riveyro, hacia á mansalva su negocio, preparando á los nobles, al clero, á los comerciantes, labradores y

artesanos, hablando á cada cual en su language, y ponderándoles los males que les hacia sufrir el gobierno opresor de Castilla y las ventajas que reportarian de recobrar su libertad, no necesitando de hacer grandes esfuerzos para persuadir á unas gentes que estaban harto predispuestas á dejarse convencer y arrastrar.

Creció el descuido de nuestra córte al ver al de Braganza, cuando se le suponía mas satisfecho del mando, retirarse otra vez voluntariamente á su hacienda de Villaviciosa, y enviar al ejército de Cataluña todos los soldados portugueses que le habian pedido. Desvaneciéronse en Madrid los temores de los recelosos, que era cabalmente lo que él se proponía y buscaba. Pero quedaba en Lisboa Pinto Riveyro trabajando por él con inteligencia y maestría. El 12 de octubre (1640) se juntaron en el jardin de don Antonio de Almeida muchos nobles portugueses, y entre ellos el arzobispo de Lisboa don Rodrigo de Acuña. Este prelado, que se hallaba resentido de la vireina porque habia preferido á otro para la silla arzobispal de Braga, que es la primada de aquel reino, pronunció un vigoroso discurso, ponderando las injusticias, las vejaciones y tiranías que estaban sufriendo del gobierno de España. Cada cual despues enumeró las tropelías de que era ó habia sido víctima, escitó el furor de la reunion la medida de hacerlos ir á Cataluña, y quedó resuelto recurrir á las armas para sa-